

Ojo de buey

(cuento)

*Carlos Manuel Téllez**

Tenía tres ojos, uno de los cuales, el de en medio, era el más grande y feo. ¿Se imaginan semejante desproporción en aquel rostro de niña? Pues sí, lo tenía clavado en medio de la nariz y de la frente, como si estuviera expectante a que algo ocurriese, girando a voluntad y a veces sin coherencia, y a cualquiera trivialidad, o ruido, o luz, el ojo se movía. Eran las tres de la tarde cuando lo vi por primera vez plantado en su carita estancada entre niña y mujer, acurrucada y tiritando de miedo o de frío en una esquina donde los cerdos llegaban a defecar. Los rayos oblicuos del sol de esa hora le pegaron de frente y entonces le vi la córnea, el iris, la pupila turbia y escurridiza huyendo de pronto de las mataduras de la luz inclemente.

Parecía que nadie tenía la noción del tiempo y de la responsabilidad, se pasaban admirando al espécimen por largos ratos esperando a que decidiera salirse del rincón que había bautizado como suyo, y que solo cuando los cerdos llegaban a orinar o a cagar ella se apartaba y nosotros podíamos verle el tercer ojo, el grande, el feo, el que parecía de buey.

La solución a todos los males la puso mi hermana Herminia, cuando decidió sacarla

del chiquero y llevarla a nuestra casa, imponiéndose con un garrote de armero a ver quién se atrevía a detenerla para sacar a esa muchacha del agujero, con todo y ojo, y después la gente se vino furiosa despotricando cuantas malas palabras había en su vocabulario de vagabundos; algunos lamentando las horas inciertas que habían pasado frente al chiquero para verla y otras ensalzando el buen corazón y el coraje que tuvo Herminia al plantarse con hombría y luchar contra el barullo de revoltosos que difamaban a la criatura, a quien solían tirar cáscaras de bananos verdes, de yuca parafinada, o masa de maíz descompuesto con el firme propósito de hacerla comer de pie o de cuclillas con su espeluznante ojo a mitad de la cara.

Me fui con Herminia y la muchacha del ojo raro hasta la casa, la llevamos en una carretilla de albañil entre la muchedumbre que a corta distancia nos seguía lanzando los últimos restos de hojas de lechugas y de remolachas agusanadas, hasta que alcanzamos entrar y trabar con cerrojos y trancas las puertas que casi desbaratan a empujones y patadas con sus arranques eufóricos para que le devolviéramos al engendro, reclamándolo

* Docente, UNICA.

como si fuera un objeto, que no era de nosotros sino de ellos, porque había aparecido unos días antes entre el estiércol de los cerdos en el rastro municipal. La determinación de Herminia se mantuvo intacta con todo y su garrote cuando decidió enfrentar a la turba de indecentes que escamoteaban ahora piedras de derroteros y granadas de huevos podridos para lanzarlos sobre la casa.

Nos quedamos ahí toda la noche soportando aquellos insultos, que fueron creciendo a medida que caía más la noche. Cerca de la una de la madrugada todavía seguían allí, pero cuando ya no escuchamos nada y creímos que se habían ido, vimos a la muchacha acurrucarse a nuestros pies como un gatito tierno e inofensivo. Entonces Herminia me dijo:

—Nos ve como si fuéramos sus padres. Yo la miré, y lejos de horrorizarme me dio mucha lástima y le acaricié el cabello enmarañado y ella se lo dejó acariciar. Se quedó dormida el resto de la madrugada en ese rincón de nuestra casa, pero a la mañana siguiente cuando volvieron los protestantes estaban con nuevas fuerzas y otros proyectiles de huevos revueltos que lanzaron al tejado, empujando puertas y diciendo disparates. No estuvo mal la idea que tuvimos de llamar a la policía pero de nada sirvió porque la línea telefónica había sido cortada y entonces alguien desde afuera gritó:

—Quememos la casa. Se nos pasó por la mente nuestra huida por el patio trasero por si fueran a cometer la fechoría, pero Herminia me tranquilizó diciendo:

—No se van a atrever.

Cuando sentimos la humareda supimos que sí se estaban atreviendo. Habían rociado disolventes y otros materiales combustibles sobre la puerta y le prendieron fuego, el humo se metía por todos lados incluso por el patio trasero y por encima del techo donde habían tirado trapos anegados de kerosene, y los pilares de madera vieja tomaron calor casi al instante.

La casa era una bola de llama y el pavor empezó a sucumbirnos. Nos refugiarnos en el baño con las llaves abiertas pero el agua de la tubería ya había sido arrancada también. La muchacha tiritaba de miedo junto con nosotros hasta que su ojo, sí, el grande, el feo, el que parecía de buey, se impuso. Ella lo levantó al cielo y tomó un brillo espectacular que nos cegó aún más que la humareda, y fue cuando pasó el primer milagro. La lluvia de agua y granizo que se desplomó por más de una semana en pleno mes de marzo nos salvó de morir chamuscados, y gracias a eso hoy puedo contarles esto. No supimos si realmente aquel aguaje había sido provocado por el inaudito ojo de la muchacha, pero Herminia y yo nunca quisimos especular, y ustedes deberán sacar sus propias conclusiones.

A partir de entonces Herminia sugirió que a la muchacha debíamos darle un nombre, no sin antes darle un baño porque hedía salvajemente. Entonces le quitó los harapos y la vi desnuda con su piel translúcida y los pechos magros y vírgenes, y la metimos a la ducha. Cuando la sacamos y la vestimos parecía una monja Carmelita, con su largo

camisón celeste que Herminia le prestó. Consiguió peinarla con dificultad, le maquilló el rostro: la boca, las mejillas, los ojos, incluso el tercer ojo. Cuando la vi bien aseada y arreglada, la vi bella, solo aquel pequeño defecto la hacía parecer poco menos que un adefesio... ¿Pero quien pide venir al mundo teniendo tales o cuales atributos o defectos? ¡Nadie, verdad! Así debió pasarle a Melisa, sí, Melisa, ese fue el nombre que le escogimos y que ella aceptó con agrado porque nunca protestó.

Se quedó viviendo con nosotros por muchos años, bajo nuestra tutela y cariño, y con la convicción de que estaba mejor aquí que en cualquier otro lugar. Cuidó de Herminia y de mi como una madre cuida de sus hijos, incluso cuando mi hermana Herminia perdió el habla y la razón porque ya el tiempo nos estaba consumiendo a nuestros propios huesos, Melisa sabía qué es lo que ella quería decir tan solo con mirarla con su tercer ojo, sí, con el feo, el que parecía de buey pero que a nosotros siempre nos resultó la cosa más sublime y hermosa del mundo.